

La construcción de la hegemonía kirchnerista en Argentina (2003-2007)

The construction of kirchnerist hegemony in Argentina (2003-2007)

Gastón Varesi

Gastón Varesi es Doctor en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata y becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.
E-mail: gastonvaresi@hotmail.com

resumen

El artículo se propone analizar la hegemonía kirchnerista desde su proceso de configuración inicial, durante el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007), observando sus rasgos centrales y duraderos. Abordar esta construcción política implica indagar el proyecto que comenzó a desplegarse a nivel nacional desde 2003, convocándonos a analizar la conformación del kirchnerismo como cultura política, en tanto éste se instituye a partir de una reformulación particular del peronismo, en cuya tradición se inscribe, definiendo el carácter de la dirección ideológico-cultural que traza junto a su estrategia de conducción política. Nos preguntamos entonces: ¿cuáles son los factores principales en los que se funda la hegemonía kirchnerista? Partimos, desde una perspectiva gramsciana, a realizar una caracterización de la crisis de 2001, con el fin de exhibir la relevancia que dicha crisis tuvo para el surgimiento del kirchnerismo y dar cuenta de las diversas estrategias de sutura desplegadas por éste, analizando su construcción identitaria en el campo de antagonismo. En este trayecto, analizamos la matriz ideológico-cultural del kirchnerismo a partir del discurso presidencial, atravesando la delimitación del adversario e indagando los principales componentes del proyecto político-económico de gobierno, la conformación de la fuerza política y su estrategia hegemónica.

palabras clave

kirchnerismo / hegemonía / cultura política / proyecto de gobierno / fuerza política

summary

The article analyzes the kirchnerist hegemony from its initial configuration process, during the government of Néstor Kirchner (2003-2007), noting its central and lasting features. Addressing this political construction means exploring the project which started to unfold at a national level since 2003, implying to analyze the formation of Kirchnerism as a political culture, that is instituted from a particular reformulation of Peronism, in whose tradition it is inscribed, defining the character of the ideological and cultural lead as well as its political direction. Thus, we ask: what are the main factors in which kirchnerist hegemony is founded? We start, from a Gramscian perspective, to perform a characterization of the 2001 crisis, in order to show the relevance that this crisis had in the emergence of Kirchnerism and to take account for the various suture strategies developed, analyzing the identity construction in the antagonism field. In this way, we analyze the kirchnerist ideological-cultural matrix, exploring presidential discourse, through the definition of the adversary and the main components of the political and economic project of government, the formation of the political force and its hegemonic strategy.

keywords

kirchnerism / hegemony / political culture / government project / political force

Introducción

El kirchnerismo ha establecido un punto de inflexión en la política argentina, en tanto logró construir una hegemonía que atraviesa más de una década, redefiniendo identidades, lógica políticas y matrices ideológicas. El presente artículo se propone analizar la hegemonía kirchnerista en su origen, durante el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007), en tanto este período de configuración nos permite establecer un conjunto de rasgos duraderos que se mantuvieron, mayor o menormente alterados, en los años posteriores. Abordar esta construcción política implica indagar el proyecto que comenzó a desplegarse a nivel nacional desde 2003, convocándonos a analizar la conformación del kirchnerismo como cultura política, en tanto éste se instituye a partir de una reformulación particular del peronismo, en cuya tradición se inscribe, definiendo el carácter de la dirección ideológico-cultural que se traza junto a su estrategia de conducción política, cobrando forma en la dinámica del antagonismo. Nos preguntamos entonces: ¿cuáles son los factores principales en los que se funda la hegemonía kirchnerista?

Para abordar dicho interrogante, partiremos desde una delimitación inicial del enfoque teórico, basado en una perspectiva gramsciana. Luego realizaremos una sucinta caracterización de la crisis de 2001, desagregándola en sus distintas dimensiones, con el fin de exhibir la relevancia que dicha crisis tuvo para el surgimiento del kirchnerismo y dar cuenta de las diversas estrategias de sutura desplegadas por éste, analizando su construcción identitaria en el campo de antagonismo. En este trayecto, analizaremos la matriz ideológico-cultural del kirchnerismo a partir del discurso presidencial, indagando los principales componentes del proyecto político-económico de gobierno, la conformación de la fuerza política y su estrategia hegemónica.

Apuntes para el análisis de la construcción hegemónica

El concepto de *hegemonía* remite (ya en su antecedente leninista) a la dirección política, que en Gramsci es también dirección ideológico-cultural de un grupo social sobre otros. La hegemonía es una relación social que atraviesa distintas dimensiones: parte de una base material ligada a la posición de las clases en la estructura, y se realiza en las superestructuras, a través de una *concepción del mundo* que encarna la visión general y expresa los intereses del grupo dirigente, al tiempo que se plasma de formas diversas en el *sentido común*, en las prácticas cotidianas y, en su momento más desarrollado, funda un tipo particular de *Estado* (Gramsci, 2003; 2008). En los procesos de construcción hegemónica, “El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías ‘nacionales’” (Gramsci, 2003: 58). La posibilidad de esta expansión universal, implica la predominancia de los componentes consensuales sobre los componentes coercitivos, involucra la participación de los grupos dirigidos en la visión del mundo del grupo dirigente. Por ello, Gramsci otorga a la ideología un valor gnoseológico, siendo una vía de

acceso privilegiada para la comprensión de los procesos hegemónicos, en tanto los mismos contienen en su seno la formación y expansión de una concepción del mundo realizada en la conducción político-económica de una sociedad. Pero esto no se limita sólo al plano ideológico, sino que:

“El grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (...), entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados; equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo” (Gramsci, 2003: 58).

Poulantzas (1981) retoma esta perspectiva, planteando la *autonomía relativa* estatal para pensar los “equilibrios inestables de compromisos” que el Estado debe organizar con el fin de sostener la conducción hegemónica de un grupo sobre otros.

El origen de la teoría gramsciana de la hegemonía, se basa en la percepción que Gramsci tuvo sobre el desarrollo de las sociedades y su complejización creciente, vinculada a las estrategias de transformación adecuadas a éstas. Gramsci observa que si bien el Estado continúa siendo un ámbito primordial de poder, el desarrollo de la sociedad civil (que visualiza en los años 20 y 30 en Europa y Estados Unidos) implica que el poder se ha disgregado en una multiplicidad de “trincheras”. De este modo, haciendo analogía con las estrategias militares de la Primera Guerra Mundial, asimila la construcción de hegemonía a la *guerra de posiciones*, la guerra de trincheras, la cual requiere que las fuerzas movilicen esfuerzos en todas las dimensiones de lo social, en una batalla de largo aliento. Ya no alcanza el triunfo militar, el éxito económico, ni la dirección del Estado, sino que también se debe expandir la propia visión a los diversos ámbitos donde se gestan consensos, para hacer de un particular, un universal, que logre conquistar la adhesión activa o pasiva de los distintos grupos sociales.

A su vez, Gramsci (2003, 2004) enfatiza una doble dimensión constitutiva de dichos procesos, que desarrolla en su enfoque del *Príncipe moderno* (la fuerza política) y en el rol de los *intelectuales orgánicos*, la cual que se juega en la conformación de una voluntad colectiva y en la dirección ideológico-cultural. Esta última remite a una *reforma intelectual y moral*, realizada en base a una tarea de crítica del orden social y la construcción y difusión de una concepción de mundo alternativa, ligada a un programa de reforma económica. La *voluntad colectiva* está vinculada a la articulación de un pueblo disperso, superando la dimensión económico-corporativa de los reclamos para alcanzar una dimensión política con el fin de fundar un nuevo Estado: es la gestación de un sujeto-pueblo.

Es en este punto donde retomamos críticamente los aportes de Laclau (2005) a la teoría de la hegemonía, en tanto nos permite profundizar el análisis de constitución de los sujetos políticos en la conformación de un campo de antagonismo.

Su categoría de *populismo* es pensada como una lógica hegemónica vinculada a la articulación de demandas que, en tanto representación de faltas, permiten conformar una cadena de equivalencias e implica el establecimiento de una frontera, delimitando un adversario, en un proceso de configuración identitaria y emergencia de sujetos. Estas dinámicas se vinculan con la *promesa de plenitud* que encarnan los sujetos y constituye un factor clave de la construcción de hegemonía que se vincula con los proyectos de gobierno como vía de realización de dicha promesa, conteniendo la potencia del mito y avanzando, como el Príncipe moderno, a formar la voluntad colectiva. También recuperamos una segunda vertiente de análisis del populismo a partir de la idea de *pacto populista* (Rajland, 2008), que contiene una perspectiva de análisis histórico de clases, en clave latinoamericanista. Este enfoque nos permite vislumbrar la construcción de consensos y la armonización de los equilibrios inestables entre fracciones dominantes y subalternas, dirigidas desde el Estado.

En este trayecto rescatamos la relevancia cognitiva del concepto de *cultura política*, en tanto ligazón explicativa de vínculos que atraviesan y articulan los planos de la disputa ideológica y el orden de la reproducción material. La cultura política articula un conjunto de representaciones codificadas al interior de una fuerza política (evocando a Sirinelli, 1993), al tiempo que recuperamos algunos de los factores que identifica Berstein (1998) relacionados a la forma que cobra una identidad y los distintos componentes que contiene una visión del mundo, atravesado tanto por el subsuelo doctrinal, el discurso como por una lectura común del pasado y de la sociedad a construir. En este camino, nos permite ver la matriz ideológica que compone todo *proyecto político-económico de gobierno*. Este proyecto delinea los pasos para restituir y avanzar hacia la concreción de la promesa de plenitud, enunciando la unidad de fines políticos y económicos (Gramsci), al tiempo que sirve de sustrato para la generación de políticas públicas.

Preludio: la crisis de 2001

Gramsci señala que las ideologías que adquieren potencia hegemónica y aspiran a fundar un Estado deben ser observadas en su gestación, “planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha” (2003: 58). Así, el kirchnerismo emerge de cara a la crisis de 2001, afronta las distintas dimensiones involucradas en esta crisis y se plantea a sí mismo como momento de sutura y superación. Esta crisis expresó distintos componentes que Gramsci (2003) observa como característicos de las *crisis orgánicas*, implicando un genuino sacudimiento del *bloque histórico*, categoría de totalidad que funda la unidad dialéctica entre los fenómenos estructurales y superestructurales. Este sacudimiento implica la erosión de los consensos y la legitimidad de un orden social, afectando todas sus dimensiones.

Para el año 2001, en Argentina se observaba una crisis a nivel *ideológico-cultural*, insinuada en la deslegitimación de algunos aspectos de la concepción del mundo neoliberal, principalmente en relación al rol del Estado y al individualismo y sus prácticas desmovilizadoras. En este sentido, se expresó una crisis de la idea de *Estado mínimo*¹, alzando demandas de mayor presencia estatal y de cambio en

sus funciones, junto a la proliferación de distintas experiencias de participación popular. Incluyó una *crisis política*, en dos dimensiones, por un lado, como crisis de “la” política, en su componente institucional de representación, y por otro lado, en su componente social, como crisis de autoridad relacionada al incremento de la conflictividad. Referimos a “la” política como el “terreno de intercambios entre partidos políticos, de actividades legislativas y gubernamentales de elecciones y representación territorial y, en general, del tipo de actividades, prácticas y procedimientos que se desarrollan en el entramado institucional del sistema o régimen político” (Arditi, 1995: 342-343). En este sentido, la crisis de “la” política se produjo a partir del desgaste de legitimidad de los partidos como canales de representación, y como crisis del bipartidismo en tanto fórmula de gestión de la gobernabilidad post-dictadura, expresando un elemento clave que Gramsci (2003) identifica en los períodos de crisis orgánica: una situación de contraste manifiesto entre “representados y representantes”. Por otro lado, se afirmó una “crisis de autoridad” (Gramsci), ligada al impacto social producido por las reformas neoliberales que motivó una serie de reclamos que acarrearón un alto grado de movilización, expresando la articulación de una cadena de demandas que no pudieron ser divididas y procesadas por el orden vigente, pasando de “democráticas” a “populares” (en sentido de Laclau, 2005). Este proceso, incluso llevó a crisis las dimensiones político-jurídicas propias del momento de la coerción, frustrando los intentos del gobierno de reprimir la protesta social, que derivó en la rebelión popular de diciembre, con auge de participación del movimiento de desocupados (“piquetero”), obrero, estudiantil y sectores medios (“caceroleros”). También expresó una *crisis económica*, debido a que el visible agotamiento del modelo de la convertibilidad (1989-2001), con caída general de la tasa de ganancia y cuatro años de recesión, evidenció las dificultades de las clases dominantes de hacer avanzar a la economía afectando la estructura, expresándose “por arriba” en una fractura de intereses entre distintas fracciones del capital que buscaban mejorar sus posiciones en base a diferentes propuestas de salida a aquel modelo. Además, el deterioro de los indicadores socio-económicos, con incrementos incesantes en materia de desempleo, pobreza e indigencia, constituyó la base material que habilitó el creciente malestar de las clases subalternas.

Sin embargo, el campo de antagonismo no terminó de consolidarse en su completitud, debido a la ausencia de conformación de un sujeto estable articulado desde la subalternidad, de una voluntad colectiva con capacidad de proyectar la formación de un nuevo Estado desde los oprimidos: por eso caracterizamos este período como un *principio de crisis orgánica*, ya que no llegó a revestir su estado acabado. No alcanzaron a producirse sujetos enteramente definidos a ambos lados, pero el espacio estaba efectivamente fracturado y permitió la delimitación provisoria de un adversario, que aparecía enfrentado en la demanda “que se vayan todos”, que empezó a cobrar carácter de significativo vacío, con capacidad aglutinadora y un contenido en disputa, que iba desde una crítica a la corrupción hasta una demanda anti-capitalista. Se había articulado una amplia cadena de demandas que movilizaba diversos actores pero sin cristalizar en un sujeto-pueblo. Si bien

en el gobierno de Duhalde (2002-2003) comenzaron a sentarse algunas estrategias para enfrentar la crisis, que dejarían su marca duradera, éstas no tuvieron capacidad de construir una nueva hegemonía y el componente fuertemente represivo que ejerció sobre la protesta social (culminando en la masacre de Avellaneda) derivó en el adelantamiento de las elecciones presidenciales. Entendemos que es recién con el kirchnerismo que se conforma y estabiliza una cadena, se singulariza en el líder y se comienza gradualmente a construir una voluntad colectiva a partir de la recuperación de varias demandas candentes de 2001, pero este proceso se hace centralmente *desde el Estado*. Así se va a transcurrir de un “nosotros” fragmentario que poseía un fuerte componente de organizaciones de izquierda y movimientos sociales heterogéneos, a un “nosotros” nacional-popular en que el kirchnerismo reformula la tradición peronista. Ahora bien, como las identidades no son estables, también la identidad del kirchnerismo mismo fue mutando al ritmo de tensiones y antagonismos.

La matriz ideológico-cultural del kirchnerismo

El discurso presidencial nos provee un plano privilegiado para captar el vínculo entre el kirchnerismo y la crisis de 2001, en tanto éste la asume como desafío y se propone como momento resolutorio de la misma. El gobierno de Néstor Kirchner confrontó los avatares de la *crisis ideológico-cultural*, incorporando a su discurso una parte considerable de las demandas expresadas y se propuso como momento de sutura y superación, dando respuesta (en distintos grados) a dichas demandas, en un doble movimiento que procuraba comenzar a saldar también aspectos de la *crisis política*. La construcción del adversario, es un primer factor clave para entender este proceso. El campo de antagonismo de 2001 había demarcado a un amplio y vago espectro de figuras ligadas al neoliberalismo como responsables de la crisis a ser enfrentados. La construcción de la otredad en la estrategia kirchnerista, que se gesta desde el Estado, estuvo entonces delimitada por diversos componentes de aquel pasado impugnado en 2001; es a través de su confrontación donde se encuentra el cimiento para delinear la promesa de plenitud que invoca su proyecto de gobierno, ligada a su propia conformación identitaria en la cual recupera y reformula a la tradición peronista.

Entre los años 40 y 70, las luchas sociales y las condiciones de acumulación a nivel local y global habían dado origen a un *Estado como mediación*. Como señala Novaro, desde los primeros gobiernos de Perón “los sectores populares vivieron incorporados mayoritariamente a una cultura política que tenía por motivo central cohesionante y por actor principal al Estado” (Novaro, 1997: 4). El Estado como mediación se encuentra entonces vinculado a las transformaciones de su rol, ya que la incorporación de la subalternidad al régimen político implicaba la ampliación de la autonomía relativa estatal y su interlocución mediadora y articuladora con las corporaciones sindicales y patronales. En contraposición, el neoliberalismo, que comenzó a instaurarse desde la dictadura de 1976 y cobró forma hegemónica en los años 90, se presentó discursivamente como la capacidad de abolir las colectividades supuestamente opresivas de ese antiguo régimen, para “liberar” y

devolver la iniciativa al individuo; aunque con el más claro objetivo de desarticular colectivos con capacidad de resistencia, fragmentar a las clases subalternas y dejar a sus individuos librados a la ofensiva del gran capital. El hecho de que fuera un líder del peronismo, como Menem (1989-1999), quien impulsara de forma más acabada las políticas neoliberales, no podía dejar de tener efectos profundos en dicha cultura política. Según Novaro,

“La orientación pro mercado de las reformas iniciadas en 1989 aprovechó, y en parte estimuló, una redefinición muy profunda de ciertos patrones culturales tradicionales: la suerte de cada individuo o familia se estaba convirtiendo en un asunto de orden privado, dejaba de estar vinculada a un proyecto inclusivo e integrador y a una responsabilidad pública. (...) Lo que logró Menem fue abrir la cultura peronista a su influencia, y desactivar, de este modo, no pocas de las reivindicaciones tradicionales de los sectores populares identificados con el peronismo” (1997:10).

El *peronismo clásico*, con su ampliación de la ciudadanía y la conquista de numerosos derechos sociales y políticos para las clases subalternas, había logrado performar la *promesa de plenitud* (con distintos grados de materialización), ya que, aunque sin romper las relaciones de explotación capitalista, el peronismo transformó mediante reformas progresivas su vida material, al tiempo que promovió un acervo simbólico con el que se identificaran masivamente: *el peronismo como cultura política*. En un contexto mundial y local profundamente distinto, es el kirchnerismo el que procura cumplir la función de restituir la promesa, fracturada durante el auge neoliberal.

Kirchner se consagró presidente luego de que Menem, habiendo obtenido el primer lugar, desistiera de enfrentarlo en el *ballotage*. Este enfrentamiento inicial y la debilidad de origen de su presidencia (siendo el presidente menos votado de la historia argentina) son factores relevantes en la construcción de su cultura política. Así, aparece un primer elemento clave: Kirchner construye en su discurso un adversario, un “ellos”, que refiere al neoliberalismo, en términos amplios, abarcando un conjunto de actores y políticas que tuvieron su punto álgido en los años 90. Opuso en su discurso la recta gestión frente a la corrupción y la impunidad, ambas relacionadas con dichos actores y políticas. También señaló que, en aquellos años, el éxito de las políticas parecía medido por las ganancias del capital concentrado sin importar la consolidación de la pobreza y la exclusión social (Kirchner, 25/5/2003).

“No puede ser el norte de ninguna sociedad la convivencia con la miseria, la marginalidad, la exclusión y la inequidad a que ha dado lugar la aplicación del pensamiento único y el señoreo del pensamiento neoliberal que caracterizó la economía mundial y la propia en el último decenio” (Kirchner, 11/12/2003).

Así, Kirchner propuso a su proyecto como momento de ruptura frente al neoliberalismo, y en su discurso recopiló las diversas aristas que caracterizaron aquel principio de crisis orgánica. El 2001 es concebido como un “estallido cívico (...) un reclamo ciudadano que le demandó a la democracia un proyecto de país” (Kirchner, 10/7/2003), y el kirchnerismo aparece como la fuerza elegida para trazar e impulsar dicho proyecto. De modo sintético, Kirchner plantea: “Queremos *suturar* las terribles heridas que produjeron las políticas erradas aplicadas en el pasado” (Kirchner, 1/3/2005).

Ejemplo de esto es, entre otros, el discurso dado en la Cumbre de las Américas en Mar del Plata (2005) donde se enterró el proyecto del ALCA y dio una muestra clara de priorizar el proceso de integración latinoamericana por sobre las “relaciones carnales” que habían caracterizado la sumisión del Estado argentino frente a los intereses norteamericanos. En aquel discurso Kirchner sostuvo que la crisis de 2001, entendida como la peor crisis económica y social de la historia argentina, ejemplificaba el fracaso del neoliberalismo y la conveniencia de seguir un camino propio, ajeno a las recetas de los organismos internacionales, vistos como responsables de la debacle, diciendo con respecto al Consenso de Washington:

“Nos hacemos cargo como país de haber adoptado esas políticas, pero reclamamos que aquellos organismos internacionales, que al imponerlas, contribuyeron, alentaron y favorecieron el crecimiento de la deuda, también asuman su cuota de responsabilidad” (Kirchner, 4/11/2005).

Usufructuando todo lo que significaba la derrota de su rival, Menem, uno de los principales símbolos encarnados del paradigma neoliberal, desafiaba los planes geopolíticos de la principal potencia mundial y denunciaba el rol de los organismos financieros internacionales. Así, ya en el discurso de asunción de Kirchner a la presidencia, presentaba a su gobierno como “lo nuevo” que permite la clausura y superación de “lo viejo”:

“El 27 de abril, las ciudadanas y los ciudadanos de nuestra patria, en ejercicio de la soberanía popular, se decidieron por el avance decidido hacia lo nuevo, dar vuelta una página de la historia (...) Por mandato popular, por comprensión histórica y por decisión política, ésta es la oportunidad de la transformación, del cambio cultural y moral que demanda la hora. Cambio es el nombre del futuro” (Kirchner, 25/5/2003).

En tanto Kirchner se plantea a sí mismo como “lo nuevo”, convoca la figura del *outsider*, invoca el *modelo de la llegada*, desarrollado por Sigal y Verón (2004), posibilitado también por el desconocimiento relativo en otras partes del país de sus gestiones en la provincia de Santa Cruz. Lo nuevo emergía desde la exigencia de cambio: se evidencia una fuerte vocación fundacional en la proclama de dar vuelta una página de la historia al reclamo de 2001. Esta dinámica se profundizó a partir de la identificación del origen de “lo viejo” con el golpe de Estado de 1976,

lo cual otorgó componentes novedosos a la identidad kirchnerista ligados a la reivindicación de la juventud setentista, de la cual los Kirchner fueron parte, y que se plasmaría en una potente política de Derechos Humanos contra los crímenes de la dictadura.

Además Kirchner añadió otro elemento del discurso peronista clásico, señalando que venía a trabajar por los argentinos, diciendo en la jura del gabinete: “Yo y quienes me acompañan seremos sus servidores, trabajaremos con mucho esfuerzo y, para terminar, les quiero decir qué es lo que sentimos que somos: hombres comunes con responsabilidades muy importantes” (Kirchner, 25/5/2003). Kirchner se presenta entonces como lo nuevo opuesto a las viejas prácticas corruptas y a las políticas neoliberales que devastaron el nivel de vida del pueblo resquebrajando la promesa de plenitud, y esto nuevo responde a la “llamada” del pueblo perjudicado para encarnar una tarea reparadora a partir de una vocación de servicio desinteresada. Esta estrategia discursiva contiene dos consecuencias: por un lado, un reencuadramiento de la impugnación del “que se vayan todos” y, por el otro, la rearticulación de varias demandas establecidas en la cadena de 2001 y su complementación con otras que dan lugar a la identidad kirchnerista, avanzando en la construcción hegemónica de sujeto.

Estado y proyecto político-económico de gobierno

Estos elementos del discurso fueron generando un desdoblamiento del contenido del “que se vayan todos”, de modo de apartar al gobierno de la negación generalizada. Muñoz y Retamozo (2008) destacan, en este sentido, una serie de operaciones discursivas que parten del reconocimiento de la crisis, la identificación del pueblo como entidad dañada, pero al mismo tiempo como fuente de soberanía de la que emerge el presidente y su gobierno como parte de ese sujeto e intérpretes de sus intereses. Al tiempo que se construye al Estado como instancia reparadora del pueblo dañado, retomando símbolos del primer peronismo, se identifica al enemigo con los actores del neoliberalismo y se desata así su asociación con el conjunto de la clase política, mientras que simultáneamente se apropia del enemigo construido por los distintos movimientos sociales. Se expresa así la función del *Estado como mediación*, una mediación reparadora: “Es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales” (Kirchner, 25/05/2003).

Si la ideología neoliberal proponía “liberar” al individuo de las mediaciones y veía al “mercado” como ámbito de realización de su libertad, en contraposición, el kirchnerismo emerge como un grito por la restitución de las mediaciones vulneradas: la vuelta del Estado (o mejor dicho, de algunos de sus roles perdidos) tiene una presencia destacada en su discurso:

“Se trata, entonces, de hacer nacer una Argentina con progreso social, donde los hijos puedan aspirar a vivir mejor que sus padres, sobre la base de su esfuerzo, capacidad y trabajo. Para eso es preciso promover políticas activas que permitan el desarrollo y el crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso. Como se comprenderá

el Estado cobra en eso un papel principal, en que la presencia o la ausencia del Estado constituye toda una actitud política” (Kirchner, 25/5/2003 el subrayado es nuestro).

Pero si el Estado constituye la mediación fundamental, también está acompañado por la relegitimación de otras colectividades mediadoras como los sindicatos y las corporaciones patronales, vistas como entidades válidas de representación y negociación sectorial. Esta recuperación de elementos propios del peronismo clásico tuvo su correlato en políticas tales como el impulso masivo a los convenios colectivos de trabajo y la convocatoria al “Consejo Nacional del Empleo, la Productividad y el Salario Mínimo Vital y Móvil”.

La dimensión ideológico-cultural de la crisis que Kirchner buscaba conjurar, contenía la negación de la idea de movilidad social ascendente, que se había ido arraigando desde el primer peronismo y que luego había comenzado a ser puesta en jaque a partir de 1976. El menemismo había terminado de ahogar la mística esperanzadora del peronismo clásico y había dado fuerza a una ideología individualista y consumista; un consumismo que ante el deterioro social creciente se fue convirtiendo en una aspiración inalcanzable para las mayorías populares, ampliando la brecha entre el orden de reproducción ideal y material, al punto de eliminar la función hegemónica de la promesa de plenitud. El kirchnerismo reduce esta brecha a través de sus políticas sociales, de ingresos y empleo, recomponiendo condiciones para restablecer la promesa de plenitud en el horizonte. Es en este sentido que toda promesa de plenitud se encuentra ligada a un *proyecto político-económico de gobierno*, en tanto conforma una matriz ideológica que consigna las tareas que permitirían transitar del momento de crisis a la sutura. Y a su vez, el proyecto se encuentra enmarcado en una cultura política singular que se expresa en el discurso como subsuelo doctrinal, realizando una particular lectura del pasado y un delineamiento del futuro a construir.

Así, en el discurso en el Congreso el día de su asunción presidencial, Kirchner definió el camino que llevaría al crecimiento con inclusión social: “En *nuestro proyecto* ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un *capitalismo nacional* que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente” (Kirchner, 25/5/2003, el subrayado es nuestro). Para esto, sostuvo que se debían implementar políticas activas para el crecimiento económico, la generación de puestos de trabajo y una más justa distribución de la riqueza, recuperando el Estado un rol central. Podemos observar un discurso que capta varios aspectos de la crisis de hegemonía: propone dar fin a la *crisis económica* a través del proyecto de “capitalismo nacional”, atendiendo a las consecuencias de dicha crisis en materia de desempleo y pobreza, abordando así demandas inabsoorbibles en el orden previo que dieron origen a la *crisis política*, resolviéndolas e incorporándolas a la propia cadena equivalencial; además plantea una respuesta a la *crisis ideológico-cultural*, rechazando la idea de Estado mínimo a favor de la exigencia de “más” Estado, atendiendo a la necesidad de cambiar la forma de intervención estatal, y que luego se fue convirtiendo en una revalorización

zación de la política como vía privilegiada de cambio de las sociedades, alejada de la perspectiva tecnocrática de la política de cuño neoliberal. La visión que se le imprime al Estado se vincula directamente con la ampliación de la *autonomía relativa*:

“necesitamos un Estado inteligente que establezca los límites precisos dentro de los cuales se desenvuelva la economía. Allí donde el mercado no es capaz de guardar equilibrio el Estado debe estar presente (...) *El Estado en representación del bien común debe ser quien arbitre en las relaciones sociales y económicas (...) Un Estado que no se instituya para favorecer a uno u otro sector de nuestra economía, pues de ese modo se tergiversa y corrompe*” (Kirchner, 10/7/2003, el subrayado es nuestro).

El kirchnerismo plantea la recuperación de la capacidad mediadora y reguladora del Estado en el marco de un “capitalismo nacional”, expresándose como la vía para la expansión de todas las “energías” nacionales (en el sentido de Gramsci) y la concreción del “bien común”. Siempre identificando al neoliberalismo como adversario, Kirchner delineó un proyecto que atendiera a reparar los “desequilibrios” por éste generados: “debemos hacer que el Estado ponga igualdad allí donde el mercado excluye y abandona” (Kirchner, 25/5/2003).

La acción reparadora del Estado se liga a su vez con la alianza de clases que promueve el proyecto político-económico de gobierno. Este proyecto de capitalismo nacional continúa los andamios discursivos esbozado por el gobierno Duhalde, quien había enunciado la necesidad de un cambio de alianza estratégica que abandonara la centralidad del capital financiero con el fin de basarse en la articulación de empresarios productivos y trabajadores. En este sentido se expresa Kirchner, justamente en un aniversario de la Bolsa de Comercio, sosteniendo que se orientará a “fijar los pilares de un nuevo país en que los valores de la producción y el trabajo destierren para siempre los vicios del oportunismo y la especulación” (Kirchner, 10/7/2003). Pero en términos de las clases que componen la alianza a consolidarse en el proyecto kirchnerista, cambian los énfasis en relación al discurso de Duhalde, tanto respecto del capital productivo como de los trabajadores. Se mantiene la centralidad de la “burguesía nacional” aunque se la ve como un actor que no está plenamente constituido sino que debe ser apuntalado desde el Estado: “necesitamos recrear un empresariado con decisión nacional, comprometido con la realidad social y económica de nuestra patria y absolutamente decidido a aceptar el desafío de la competencia” (Kirchner, 10/7/2003). Es este acto de recreación, que Cristina Fernández de Kirchner identificaba como característico del peronismo clásico, cuando “ante la ausencia de un gran empresariado nacional, de una gran burguesía nacional, el Estado fue a sustituir esa carencia, esa ausencia para el modelo de acumulación de aquellos años” (Fernández, 30/5/2007). El Estado ya no debía sustituir la ausencia de este actor, sino orientarlo desde las políticas entendiendo que, para superar la crisis de 2001, era necesario “apuntar a un modelo de producción en definitiva y no a un modelo de servicios como se había venido

dando en el país” (Fernández, 30/5/2007). Así, el componente de políticas del modelo de acumulación se enmarca en el proyecto político-económico de gobierno que le sirve de matriz y exhibe un factor central en la ampliación de la autonomía relativa, explicitado en el discurso de Kirchner: “Quiero dejar absolutamente claro también que no dejaremos que sean los sectores de interés quienes fijen nuestra agenda o el supuesto proyecto económico que ellos desean arreglado a la sola solución de sus problemas” (Kirchner, 10/7/2003).

Asimismo, comienza a cobrar mayor peso el lugar de los trabajadores. Kirchner señala que en 2001 se expresó un reclamo por un proyecto de país “que termine con el abuso, la concentración y la pobreza, que ponga en marcha la producción y recupere el trabajo como única forma de desarrollo digno en la sociedad moderna” (Kirchner, 10/7/2003). En este camino, el Estado debe proteger a los más vulnerables: a los trabajadores. Así, en un encuentro con la militancia, afirmó: “tenemos que construir la Argentina donde el obrero vuelva a ser el respeto central de nuestras acciones” (Kirchner, 11/3/2004). La protección de los trabajadores se ubica en el rol reparador del Estado respecto del pueblo como sujeto dañado, frente a la unilateralidad del poder establecida en tiempos de neoliberalismo: “Sabemos que discutimos intereses económicos y sabemos de qué lado estamos. Esta vez, el pueblo argentino tendrá en el gobierno el primer defensor de sus intereses” (Kirchner, 1/3/2005). En este camino, el proyecto kirchnerista impulsaría un nuevo modelo de acumulación, definido como “un modelo argentino con crecimiento e inclusión, a partir de la creación de trabajo digno, un modelo en que el pueblo argentino resulte el principal actor y beneficiario” (Kirchner, 1/3/2007). De este modo, sostiene la necesidad de proteger a trabajadores, industrias y productores, integrantes de la nueva alianza policlasista, con políticas activas, en una estrategia donde el Estado cumple un rol central que, en algunos aspectos, iba a contramano de la concepción del mundo neoliberal: “el Estado se incorporará urgentemente como sujeto económico activo” (Kirchner, 25/5/2003).

Así se fue gestando un doble movimiento que parte de la identificación del adversario enmarcado en los actores y políticas del neoliberalismo y que, como toda construcción identitaria emergida en un campo de antagonismo, provee claves para expresar el proyecto del “nosotros” en construcción. Es un “nosotros” llamado a suturar las grietas producidas por la “anti-comunidad”, en tanto se provee los rasgos de la nueva comunidad enmarcada en la cultura política que va configurando la propia fuerza en ascenso hegemónico: “ya vimos adónde llegó la Argentina con la ortodoxia, el fundamentalismo de mercado y el discurso uniforme. Debemos salir del pensamiento único para consolidar la marcha hacia la construcción de un proyecto estratégico” (Kirchner, 10/7/2003).

En este camino, el *proyecto político-económico de gobierno* comenzó a ser definido por algunos rasgos básicos explicitados en el discurso del líder:

“El objetivo básico de la política económica será el de asegurar un crecimiento estable, que permita una expansión de la actividad y del empleo constante. (...) El resultado debe ser la duplicación de la riqueza cada quince años, y una distribución tal que asegure una

mayor distribución del ingreso y, muy especialmente, que fortalezca nuestra clase media y que saque de la pobreza extrema a todos los compatriotas” (Kirchner, 25/5/2003).

Estos componentes comenzaron a delinear el proyecto de capitalismo nacional centrado en la producción y el empleo que promueve una restitución de la promesa de plenitud en tanto apunta a confrontar las consecuencias más dramáticas de la crisis. Para lograrlo aparece, ya desde el discurso de asunción, la percepción de los dos pilares de estabilidad que tendría el modelo de acumulación, el superávit fiscal y el superávit comercial:

“Con equilibrio fiscal, la ausencia de rigidez cambiaría, el mantenimiento de un sistema de flotación con política macroeconómica de largo plazo determinada en función del ciclo de crecimiento, el mantenimiento del superávit primario y la continuidad del superávit externo nos harán crecer en función directa de la recuperación del consumo, de la inversión y de las exportaciones” (Kirchner, 25/5/2003).

El proyecto de gobierno también contiene otros elementos claves tales como la integración latinoamericana, priorizando la inserción comercial en el MERCOSUR al tiempo que buscaba ampliar su composición. A contraposición de la década previa, se propone terminar con las políticas de ajuste e impulsar la recuperación de los ingresos de los trabajadores para aumentar el consumo y así dinamizar el crecimiento; retomar la obra pública como política de Estado; resolver el *default* de la deuda pública y modificar la estructura impositiva. También refuerza la necesidad de mejorar la inversión, la recaudación y el empleo, así como el descenso de la tasa de interés para permitir una reconversión productiva, renegociar los contratos de las empresas de servicios públicos privatizadas y procurar un cambio profundo en las estructuras financieras y productivas (Kirchner, 10/7/2003), evidenciando la estrategia estatal de sostener los cambios en las relaciones de fuerzas entre fracciones de clases emergidos con la caída del modelo de la convertibilidad. Así, el proyecto de gobierno delimita en un conjunto de puntos que conforman la matriz ideológica que orienta las políticas económicas: son el camino a seguir para la conquista del “bienestar común”, de la promesa mítica de plenitud a través del cual una fuerza política procura generar consensos, al tiempo que incide en su propia configuración identitaria, y atraviesa desde las definiciones estratégicas generales (como “capitalismo nacional”), el tipo de alianza de clases, hasta inspirar las políticas específicas a desarrollar.

Debemos recordar, junto a Muñoz y Retamozo, que “para generar el consentimiento de la población, los gobiernos deben traer al presente pequeños retazos de la promesa futura” (2008: 143). En este camino, y como parte de la estrategia hegemónica, el gobierno de Kirchner logró recuperar y rearticular algunas demandas de las clases subalternas que habían cobrado fuerza hacia 2001, y dar cauce a distintos niveles de resolución, incorporándolas resignificadas en una nueva ca-

dena que comenzó a ser constitutiva de su propia identidad. Algunas acciones destacadas refieren a su política de Derechos Humanos, el descabezamiento de la cúpula militar, los cambios en la Corte Suprema de Justicia, el fin del acuerdo con el FMI, las estatizaciones, la regulación de los servicios públicos, las políticas de ingresos y empleo y su acercamiento a gobiernos populares de América latina. Estas medidas, entre otras, produjeron amplias adhesiones y comenzaron a constituir puntos de sutura de la crisis.

La doble lectura del populismo y el carácter nacional-popular del proyecto

Pensamos al kirchnerismo desde una *doble lectura del populismo*: a) *como lógica política*, es un populismo que conforma un otro-poder, identificando a su adversario en torno al neoliberalismo, pero cuyo centro de acción parte, a su vez del Estado mismo, porque dicho Estado es constituido como emanación de la voluntad popular para reparar al propio pueblo dañado; y b) *como pacto populista*, en una vasta estrategia de conciliación de clases a través de la ampliación de la autonomía relativa estatal, gestando una nueva alianza estratégica tripartita entre el Estado, los trabajadores y la “burguesía nacional”.

En este punto es interesante recuperar el análisis de O’Donnell (1978) que aborda las *mediaciones* desde un ángulo distinto, no ya en la presunción de un Estado mediando entre las partes de la comunidad en pugna, sino en el reengarce del Estado mismo con la sociedad, vínculo fracturado por las relaciones de dominación y explotación que la atraviesan, y que busca ser rearticulado ignorando los clivajes de clase, borrando así el papel de garante y organizador de la sociedad en tanto capitalista que efectúa el Estado. Estas mediaciones remiten tanto al referente de la acción estatal como a su fundamento, y son instancias aglomeradoras, puestas sobre el fraccionamiento de la sociedad. Es la restitución de lo *nacional-popular*, donde podemos ver las claves perennes del período: la *nación* es el arco de solidaridades que une a un “nosotros” definido por la común pertenencia a un territorio estatal, es un referente homogeneizante y general; *el pueblo o lo popular* emerge porque la postulación indiferenciada del interés general de la nación no alcanza a tapar las evidencias de desigualdad en la sociedad burguesa. Frente al estallido de desigualdad y el deterioro de las condiciones de vida de las clases subalternas que trajo aparejado el neoliberalismo, el kirchnerismo postula un Estado que debe actuar en un sentido equiparador, mientras que la recuperación de lo nacional-popular como referente y fundamento de la acción estatal habilita la vinculación de esta acción reparadora con un proyecto que expresa (en términos gramscianos) una unidad de fines políticos y económicos que impulsarían al máximo desarrollo al conjunto de las “energías” nacionales.

El carácter nacional-popular se vincula, a su vez, a la resignificación del peronismo que el kirchnerismo realiza en su configuración identitaria, en tanto confronta con las figuras deslegitimadas del neoliberalismo que había sido llevado a su esplendor con el liderazgo del propio Partido Justicialista (PJ) en los tiempos de Menem. También posee la productividad política de interpelar un imaginario

arraigado en una parte de los movimientos sociales movilizados en 2001: la idea del *regreso a la Argentina peronista*. Ambos aspectos facilitaron la articulación de demandas y el restablecimiento mítico de la promesa de plenitud. Esta acción performa una característica clave que Gramsci (2003) ve en el Príncipe moderno: la capacidad de volver a narrar la historia nacional de la construcción de la voluntad colectiva incorporando los intentos pasados (tanto el mito del regreso a la Argentina peronista como el del kirchnerismo en tanto recuperación de la juventud setentista diezmada por la dictadura neoliberal) e inscribir el surgimiento del “nosotros” kirchnerista como legítimo heredero que viene a terminar de construir de forma novedosa ese legado, restituyendo y avanzando hacia la realización de la promesa.

Esta estrategia se liga con la posibilidad de superar la crisis de hegemonía abierta. Si Duhalde había cumplido un rol de segmentación de las demandas y sus portadores, del sujeto popular inacabado de 2001, mediante una lógica de contención/represión; el kirchnerismo vino a rearticular y resignificar varias de las demandas en la construcción de una nueva cadena que se singulariza en el líder. Para esto apeló a un doble movimiento: a) de incorporación de demandas y portadores a la fuerza oficialista, que culminaría, como observa Retamozo, en la inscripción a la fuerza kirchnerista de movimientos sociales que, en su mayoría, “son capaces de acción colectiva pero no asumen la lógica de la protesta y sus movilizaciones se enmarcan bajo las directrices del gobierno nacional” (2011: 261); y b) de marginación de los movimientos opositores, que “por izquierda” procuraban radicalizar los elementos impugnadores al orden global evidenciados en 2001 y enfrentaban este proceso de recomposición de la gobernabilidad.

Además de sumar a los principales actores del movimiento de Derechos Humanos, a través de políticas activas, fue aumentando la incidencia de la estrategia oficial sobre el movimiento obrero. El Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), constituido desde el año 2000 en CGT “Rebelde”, fue avanzando con el apoyo del gobierno nacional hasta la reunificación y conquista de la CGT en su conjunto en 2004. Además, comenzó a realizar acercamientos a sectores de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA). Otro tanto ocurrió con las organizaciones de raigambre nacional-popular en el movimiento piquetero (Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV), Movimiento Evita, entre otros). Este trayecto se gestó también en la táctica de división del movimiento entre piqueteros “duros” y “blandos”, procurando deslegitimar a los primeros y abriendo espacios de diálogo, otorgando recursos estatales e incluso espacios de gobierno a los segundos. A su vez, el incremento sustancial del empleo fue socavando las bases materiales de sustento del movimiento de desocupados, a través de la resolución creciente de dicha demanda, al tiempo que reforzó al movimiento obrero. Asimismo, la gradual resolución de la demanda por los depósitos bancarios terminó de desactivar el énfasis conflictivo de lo que quedaba del movimiento “cacerolero”, que había comenzado a ser desarticulado durante el gobierno de Duhalde. Éstos conformaron un conjunto de pasos certeros de la fuerza oficialista para desactivar los componentes impugnadores de la dimensión política de la crisis. Asimismo, si durante el gobierno de

Duhalde el elemento coercitivo se impuso ampliamente por sobre los mecanismos consensuales, la administración Kirchner instaló el principio de no represión a la protesta social como política de Estado, contrastando también con los años neoliberales. Esto evidenció la fuerte apuesta de incorporación de demandas a la cadena equivalencial que iba nutriendo de legitimidad a la fuerza en formación.

El armado de la fuerza política

El kirchnerismo, marcado por su debilidad de origen y con el fin de saldar la crisis de “la” política, procuró construir su fuerza propia: el Frente para la Victoria que, jugando desde dentro y desde fuera del Partido Justicialista, realizó un despliegue que articulaba la construcción de la *transversalidad*, abriendo espacios a sectores progresistas y de izquierda, mientras buscaba acumular fuerzas para la progresiva conquista de las lealtades y la estructura del PJ. Esta contienda tuvo en la disputa con Duhalde, quien originalmente lo había apadrinado para las elecciones presidenciales, un momento fundamental. El kirchnerismo terminó imponiéndose, en el marco de las elecciones del 2005 con el triunfo de Cristina Fernández de Kirchner sobre Hilda González de Duhalde por el senado en la provincia de Buenos Aires, quedando con mayoría en las dos cámaras legislativas y con legitimidad suficiente como para cambiar al ministro de economía Lavagna que representaba el principal legado de Duhalde en su gobierno, afirmando la propia comandancia presidencial sobre las políticas económicas. El PJ estaba intervenido judicialmente por la virtual acefalía en que había quedado por el enfrentamiento entre kirchneristas y anti-kirchneristas, proceso que culminó con el triunfo de Kirchner como presidente de dicho partido, resuelto judicialmente en 2008, en un trayecto donde la acumulación incluyó la incorporación de políticos conservadores (provenientes de la UCD) y una alianza con los “barones” del conurbano bonaerense.

Hacia el arco de la transversalidad, el gobierno de Kirchner había inaugurado una táctica de acercamiento a distintos actores del campo popular con políticas activas, incorporando sus demandas a la nueva cadena equivalencial por éste constituida. Su nivel de éxito se expresó en la incorporación a la gestión oficial de organizaciones populares y de izquierda, con distinto grado de posicionamiento crítico al Gobierno, y la creciente marginación de las organizaciones de similar perfil político que quedaron en la oposición. De este modo, el Gobierno logró mitigar el impacto de la crisis política, dotando con elementos novedosos al proceso de construcción hegemónica en marcha. Avanzada la conquista del PJ, comenzó a cobrar forma una nueva táctica de armado político: la *concertación*, a través de la cual se buscaba incorporar a la fuerza kirchnerista a sectores de otros partidos tradicionales, principalmente del radicalismo y el socialismo que mostraban un creciente acercamiento al proyecto oficial (la cual cristalizaría en la fórmula presidencial Cristina Fernández-Julio Cobos en 2007). Este recorrido fue teniendo impactos en el escenario político nacional, reconfigurando el erosionado bipartidismo en dos nuevos polos, de centro-izquierda y centro-derecha. Así, el oficialismo procuró encarnar el primer polo, en una coalición donde el PJ fue adquiriendo centralidad, junto a las tácticas de transversalidad y concertación, confrontando con una nueva

derecha electoral que tenía en Macri (PRO) a su principal referente y una variante más heterogénea que se nucleaba en torno a Carrió (ARI).

De este modo, el gobierno asumió plenamente el desafío abierto en materia de crisis de “la” política, buscando recomponer el vínculo entre “representados y representantes”, construyendo su fuerza política, dando lugar a un esquema que rearticulaba fuerzas y actores de manera singular.

Guerra de posiciones: entre la normalización y el conflicto

Es necesario indagar, por la particularidad misma de esta fuerza ligada a la doble lectura del populismo que realizamos (como lógica política y como pacto populista), cómo se articulan los elementos normalizadores y conflictivos en este proceso de *guerra de posiciones*. En relación con la hegemonía kirchnerista, destacamos una tensión central que se dio, como señalan tanto Cremonte (2007) como Rinesi y Vommaro (2007), entre el orden y el conflicto: entre las demandas propias de la conflictividad que marcó al 2001, y la demanda de normalización que terminó primando hacia fines de 2002, y su conjugación en las acciones desplegadas por el Gobierno. Esta afirmación nos habilita a pensar al kirchnerismo como una construcción ambivalente: como proyecto de normalización política y económica, pero que cobra forma conflictivamente articulándose con un discurso que constituye sus propios antagonistas y abre juego a componentes populares y rupturistas.

Al inicio del gobierno de Kirchner persistían los contenidos centrales de la crisis hegemónica. Ya en 2002, con la solución de la movilidad de fondos afectados por el “corralito” (en diciembre) y con la masiva ofensiva mediática de estigmatización sobre el movimiento piquetero y la feroz represión desatada por el gobierno de Duhalde, la articulación de “piquetes y cacerolas” se fue desmembrando y buena parte de los sectores medios se fueron retirando del conflicto para sumarse al reclamo por “orden”. Así podemos ubicar la “demanda de orden”, demanda que pareciera paradójica contrastada con la evolución de los indicadores sociales: de hecho, en 2002 el salario real alcanzó un piso histórico, con altísimos niveles de pobreza, indigencia y desocupación. Pero resulta difícil también pensar que la “clase media” podría haber constituido sola, en sí misma, el sujeto que expresaba el reclamo de orden. Si así era presentado a nivel de los medios masivos de comunicación, debemos tener en cuenta que las políticas fundacionales del modelo de acumulación post-convertibilidad, instituidas principalmente a partir de la *Ley de Emergencia Pública y Reforma del Régimen Cambiario* N° 25561 de enero de 2002 bajo el gobierno de Duhalde, ya habían dado el paso fundamental para el establecimiento del orden. Dichas políticas habían comenzado a configurar un nuevo modelo vinculado a cambios en las relaciones de fuerzas en el interior de la clase dominante, derivando en el fortalecimiento de los agentes productivo-exportadores del capital concentrado (Varesi, 2011). Es en este contexto donde re-emerge el Estado como un actor clave en la gestión del excedente económico a través de la constitución de un complejo sistema de transferencia de recursos tendiente a compensar a las distintas fracciones de clase al tiempo que se las confronta para la aceptación del nuevo modelo. El gobierno de Kirchner profundizó esta

dinámica, dando lugar a una nueva armonía inestable e imprimiéndole un sesgo más progresivo, en tanto asumió al Estado como mediación reparadora, al tiempo que le permitió incrementar los niveles de autonomía relativa.²

Pero es en este mismo proceso de armonización en base a la constitución de un sistema de transferencia de recursos donde se encarna también la dimensión del conflicto, ya que se afecta a distintos agentes para redistribuir hacia otros. El Estado, lejos de constituirse en un actor pasivo que libra el desarrollo del proceso de acumulación de capital a la mera iniciativa privada, aparece como un actor clave de este proceso de normalización. Y además, la dimensión del conflicto está presente en el modo mismo en que son desplegadas las políticas que constituyen este proceso. El kirchnerismo recuperó, al igual que el peronismo clásico, las calles y plazas como ámbito de disputa para estrategias gubernamentales, movilizándolo toda su fuerza en cada batalla, evocando también al espíritu combativo de los años 70, incorporando varios dirigentes sociales protagonistas del conflicto de 2001 y planteando desafíos a sus adversarios que denunciaba públicamente. Se agitan así las connotaciones “heréticas” (James, 2006) que el peronismo había sabido poseer en tiempos pasados; incluso sus sectores más radicalizados impulsan la identificación del gobierno como parte de un movimiento emancipatorio latinoamericano, teniendo como hito el “No al ALCA” de 2005.

Acercándose en esto al estilo de conducción política del líder originario del peronismo, la tensión entre orden y conflicto se articula, según Cremonte, en un sentido particular: “el conflicto, en Kirchner, funciona como productor de orden” (2007: 400). Pero habría que añadir que nos encontramos frente a un orden transformado, en tanto el Estado actúa en un sentido reparador. Así, es en la combinación de la recuperación de varios de los reclamos de 2001 y de las demandas de orden de 2002, imbricados complejamente en el discurso y en las políticas, en donde busca operarse la sutura de la crisis de hegemonía.

El kirchnerismo, sin procurar una transformación del orden que subvirtiera la estructura de clase (como sí se había planteado en los años 70), avanzó a recomponer la promesa de plenitud en tanto fueron reconstituidas las condiciones básicas de vida para millones de argentinos que recuperaron el empleo y vieron mejorados, en distinta medida, sus ingresos. Si bien, su componente normalizador se expresa en la búsqueda de encorsetar su espíritu rupturista en un proyecto de capitalismo “serio” o “nacional”, ambos se encuentran dinámicamente en tensión, influidos por el escenario de lucha a nivel nacional y latinoamericano.

Conclusiones y tensiones: revolución pasiva, sujetos y populismo

El análisis de la construcción de hegemonía kirchnerista nos permite destacar tres elementos fundamentales de este proceso: 1) La construcción del neoliberalismo como adversario en el discurso; 2) La recuperación del Estado como mediación, con un rol destacado en el proceso de armonización de intereses conduciendo la conformación del pacto populista; 3) La restitución de la *promesa de plenitud* a partir de la recomposición de las condiciones de vida de las clases subalternas. Estos tres elementos atraviesan las distintas dimensiones de la crisis

de 2001 y expresan la relación entre la *cultura política* y el *proyecto político-económico de gobierno*: estos ejes, que hacen a la construcción identitaria, poseen un bagaje histórico que habilitó la construcción de una nueva hegemonía, implicando la reformulación del peronismo en la cultura política kirchnerista, la cual se va conformando de cara al antagonismo desatado en 2001, en tanto plantea a dicha fuerza política emergente y a su proyecto de gobierno como momentos de sutura.

Pensamos al kirchnerismo desde una *doble lectura del populismo*, como lógica hegemónica y como pacto populista, viendo la articulación inestable entre un proyecto que en su raigambre peronista encarna tanto una salida hegemónica para el capitalismo argentino (James, 2006) como al hecho maldito del país burgués (evocando a Cooke, 2010), en tanto la cadena está imantada de la lógica del conflicto que la vio nacer. A su vez, este punto que nos permite acercarnos a un interrogante propuesto por Godio (2006), quien analiza al kirchnerismo en clave de revolución “desde arriba” y plantea si este proyecto puede convertirse en una revolución “desde abajo”. Esto nos convoca a concluir en torno a tres cuestiones: la construcción de sujeto, la articulación inestable de componentes sistémicos y rupturistas en el kirchnerismo y el debate en torno a la aplicación del concepto de revolución pasiva.

La construcción de la voluntad colectiva en el kirchnerismo es atravesada por las tensiones propias de la ambivalencia prefigurada en su proyecto político-económico y su cultura política. La construcción del *pueblo* aparece tensionada en una doble acepción. Por un lado, la voluntad colectiva en construcción remite a la acepción de *populus*, ya que sobrepasa tanto a la *plebs* de los agredidos como a los anclajes de clase de la subalternidad y se entrelaza con sectores de la clase dominante, en tanto ciudadanos claves del orden a consolidar. Es justamente la resultante del populismo como pacto entre trabajadores y “burguesía nacional”, dirigida desde el Estado, que convierte al pueblo en *populus*, ya que toma a los ciudadanos más allá de la clase a la que pertenezcan: empresarios y trabajadores son igualmente parte de ese pueblo en construcción, limitando la potencia herética y subversiva de la *plebs*. En el discurso kirchnerista la *plebs* convoca al Estado como mediación reparadora, pero limitada a la construcción de un pueblo como *populus* y la nación como referente generalizante de la acción estatal. Así, lo nacional-popular implica una tensión generalizante en la nación que procura ampliar al pueblo a un espectro más amplio, a un *populus*, compatible con un proyecto basado en el pacto populista.

Esto vuelve a plantear la recurrente pregunta por la *burguesía nacional*. Ésta es pensada teóricamente por Poulantzas como una “fracción autóctona de la burguesía que, a partir de determinado tipo y grado de contradicciones con el capital imperialista extranjero, ocupa, en la estructura ideológica y política, un lugar relativamente autónomo, y presenta así una unidad propia” (1981: 67). En la historia argentina, la burguesía nacional fue una fracción clave del régimen de acumulación basado en la industrialización por sustitución de importaciones y comprendía a agentes del capital productivo abarcando, según Basualdo (2010),

un amplio espectro de pequeñas y medianas industrias junto a grandes empresas locales independientes. Lo que hacía clave a esta fracción era la posición estructural que ocupaba, ya que en un régimen de acumulación cuyo eje central estaba en la producción industrial orientada al mercado interno, el desarrollo de esta burguesía era compatible con una alta participación en el ingreso por parte de los trabajadores y con el pleno empleo, ya que el salario era un componente fundamental, como consumo en el mercado interno, para la realización del capital. Aquí hallamos el anclaje estructural que habilitaba la potencia política de los proyectos nacionales y populares, como el peronismo, en tanto procuraban articular desde el Estado una alianza de clases basada en la burguesía nacional y la clase trabajadora. Entendemos que las transformaciones globales y locales del proceso de acumulación de las últimas décadas erosionaron las bases materiales para la emergencia de este sujeto: esto se debe a los altísimos niveles de extranjerización económica en Argentina, visible en la composición de la cúpula empresaria, cuya persistencia tensiona el carácter nacional del proyecto en desarrollo; y el altísimo grado de concentración y centralización económica actual, que pone en tensión su carácter popular, limitando la capacidad reguladora y “reparadora” del Estado y la participación asalariada en el ingreso. Además, la fracción predominante en la post-convertibilidad, compuesta por agentes productivo-exportadores, tiende a realizar un segmento importante de sus ganancias en el exterior, por lo que el salario no es percibido como un componente clave para la realización de la ganancia, sino como un mero costo. Entendemos que la creencia de la dirigencia kirchnerista en la mítica (e inexistente) “burguesía nacional” marca una de sus principales limitaciones.

Sin embargo, la construcción de la cadena equivalencial que promueve en su conducción política y cultural nos lleva a una revalorización de su aspecto rupturista, abriendo la discusión en torno al concepto de *revolución pasiva*. Según Campione (2007), Gramsci concibe dos vías alternativas para las transformaciones radicales: la revolución en sentido clásico, impulsada fundamentalmente desde abajo, y la revolución pasiva, orientada desde arriba. Si bien ambos procesos presentan cambios profundos, la revolución pasiva se liga a la dialéctica entre “lo nuevo” y “lo viejo”, que Gramsci retoma de Marx en cuanto señala que un sistema social no termina de caer hasta que se hayan desarrollado en su interior todas sus posibilidades y que puede subsistir introduciendo un conjunto de “novedades” en las que las clases dominantes impulsan transformaciones expropiando la iniciativa a las clases subalternas.

En este sentido podemos leer la conclusión a la que arriban Bergel y Fornillo, señalando que luego de la crisis de 2001: “la iniciativa ha pasado de los movimientos sociales a una nueva élite política gobernante comandada por el presidente Néstor Kirchner” (2006: 1). Claro que este planteo involucra la pregunta por la relación que adoptan los intelectuales orgánicos en procesos de ampliación de la autonomía relativa del Estado; aquí encontramos una clave del análisis de Gramsci sobre el proceso de reunificación italiana que nos sirve para pensar nuestro problema: “no es que un grupo social sea el dirigente de otros grupos, sino que el Estado (...) sea

el “dirigente” del grupo que debería ser dirigente” (Gramsci citado en Campione, 2007: 93). Esto nos permite comprender algunos rasgos duraderos del kirchnerismo, relacionados con los agentes en la estructura de clase: la percepción de una burguesía nacional incompleta o desviada de sus tareas nacionales que requiere de la orientación del Estado para performar su papel en el *pacto populista*. Otra característica de la revolución pasiva que vemos presente es la ausencia de una iniciativa popular unitaria: el sujeto-pueblo inconcluso de 2001.

Sin embargo, hay elementos de la revolución pasiva que deben ser puestos en cuestión para el análisis de nuestro caso. Como señala Kohan, “mediante la revolución pasiva los segmentos políticamente más lúcidos de la clase dominante y dirigente intentan meterse “en el bolsillo” (la expresión es de Gramsci) a sus adversarios y opositores políticos incorporando parte de sus reclamos, pero despojados de toda radicalidad y todo peligro revolucionario” (2006: 1). Si bien efectivamente la estrategia kirchnerista incorpora parte de las demandas subalternas y despoja su sentido impugnador del orden, la idea de “meterse en el bolsillo” a los adversarios se liga a la idea de *cooptación*, en la que un actor pierde su autonomía a cambio de recursos económicos o políticos. Ahora bien, entendemos que el kirchnerismo no puede ser reducido a una maniobra. Ciertamente hay incorporación de reclamos, desactivando el perfil anti-sistémico involucrado en muchas de las demandas de 2001 así como en parte de sus portadores. Sin embargo, es la propia rearticulación en los tres planos de la ideología, la política y la economía que nos permiten observar la gestación de un proyecto político-económico de gobierno de más largo aliento que posee capacidad de interpelación a los actores involucrados y viabiliza la articulación de demandas en una nueva cadena de equivalencias que desdobra el “que se vayan todos”, apartando de éste al gobierno. El problema de la idea de cooptación es que desubjetiviza, niega la capacidad de decisión de los actores, impidiendo ver la lógica y motivos de su adhesión. Es a través del abordaje del *proyecto político-económico de gobierno* y de la *cultura política* singular que pudimos alumbrar algunos aspectos claves de esta dinámica: tanto la interpelación al imaginario nacional-popular presente en amplios sectores de las clases subalternas, como las políticas sociales y de ingreso orientadas hacia dichas clases permiten pensar la incorporación de distintas organizaciones populares al kirchnerismo sin necesidad de visualizarlo como mera cooptación. Estamos entonces ante una voluntad política de un conjunto de organizaciones populares que se sumaron al kirchnerismo por ver en éste un carácter transformador y un espacio potable para la proliferación de las demandas subalternas.

Esto nos deja en pie un segundo planteo crítico sobre la posibilidad de aprehender totalmente el proceso que analizamos desde el concepto de revolución pasiva. Gramsci señala que “sólo la tesis desarrolla todas sus posibilidades de lucha, hasta acaparar a los llamados representantes de la antítesis: justamente en ello consiste la revolución pasiva o revolución-restauración” (Gramsci, 2003: 86). Hay un interrogante que subyace a la caracterización de la crisis de hegemonía de 2001 que se relaciona directamente con esta afirmación gramsciana ¿qué es lo que estaba en juego en 2001? ¿era la sociedad capitalista en sí y la posibilidad de abrir paso

a un proceso emancipador? ¿o era la crisis de un régimen capitalista particular: el neoliberalismo? Porque depende de cómo respondamos estas preguntas, el modo en que podremos identificar la “tesis” y la “antítesis”. Si lo que estaba en juego era la sociedad burguesa en tanto tal, entonces podríamos caracterizar al kirchnerismo sin más como revolución pasiva. Pero para esto deberíamos haber dado cuenta de la existencia de un sujeto-pueblo constituido en la lucha con proyecto anti-capitalista y, si bien había actores portadores de proyectos con dicho carácter, la conclusión a la que llegamos fue la no existencia de un “nosotros” consolidado desde la subalternidad y por eso definimos el proceso como *principio* de crisis orgánica sin alcanzar su plenitud. Por ende, tampoco había un “empate hegemónico”, del cual el kirchnerismo pudiera dar cabida a lecturas en torno al bonapartismo o cesarismo. Pero además, si lo que estaba en juego era el régimen neoliberal, no podemos dejar de notar que el proyecto que encarna el kirchnerismo contiene en su fundación misma algunos elementos de negación del neoliberalismo, si bien lima efectivamente las aristas anti-sistémicas más inmediatas recuperando la “demanda de orden”, la incorporación de las demandas emergidas de la crisis de 2001 integran elementos inestables en tanto comprenden reivindicaciones de largo arraigo popular que no puede sino imprimir ese tono popular, herético, a la cadena misma.

Por otra parte, el componente herético del kirchnerismo se hace presente tanto en la lógica del conflicto a través del cual se abren paso las políticas públicas, en el escenario nacional, como en la propia política exterior, caracterizada como señalan Moreira y Barbosa, por “sumarse a la ola de gobiernos de una nueva izquierda que cubría el continente” (2010: 196), ubicándose como parte de un movimiento latinoamericano contra el neoliberalismo. Por eso no puede hablarse de cooptación ni de revolución pasiva en todo su esplendor, en un escenario internacional de crisis del neoliberalismo (y por esto, antitético) y de transformación progresiva a nivel latinoamericano. Nos situamos en un contexto en el que un conjunto de formaciones sociales son conducidas por bloques populares que adelantan proyecciones hacia un horizonte socialista, que puede visualizarse en experiencias como la de Venezuela, Bolivia, y luego Ecuador (junto a Cuba) y de las cuales Argentina, junto con otros países (como Brasil y Uruguay) representan versiones más moderadas (en términos de la relación capital/trabajo). Es el conjunto de gobiernos que componen este abanico de experiencias que fueron impulsores de este proceso de integración que contuvo un primer desafío antiimperialista en el “No al ALCA”, al que se le fueron posteriormente sumando otros hitos, como la incorporación de Venezuela al Mercosur, la formación de la UNASUR y la CELAC.

El kirchnerismo gestó desde el Estado una recuperación y primacía de la política que contrasta con la subordinación al imperio directo del gran capital y a los mandatos de los organismos financieros internacionales. Esta reivindicación de la política es un factor clave en la ampliación de la autonomía relativa del Estado y, al mismo tiempo, constituye un elemento de la cultura política que, enlazado con la recuperación del pasado setentista, reaviva su componente herético. Sin embargo, la función del conflicto como productor de orden y la limitación de éste a un horizonte sistémico en el proyecto de capitalismo “nacional” imprime una

tensión perdurable entre estos dos componentes que marcan la cultura política de esta fuerza fundada en el pacto populista: el componente sistémico y el herético permanecen en un “tira y afloje”, articulándose e imponiéndose alternativamente, motivando en este movimiento la pregunta sobre la posibilidad de que la revolución “desde arriba” (parcial e incompleta) pueda devenir en una revolución “desde abajo”. Sólo de este modo la cultura política emanada de la fuerza-Príncipe podría romper los límites sistémicos y normalizadores; proceso que dependería en última instancia de mayores márgenes de autonomía de las clases subalternas en la formación de la voluntad colectiva, constituyendo un sujeto-pueblo que sobrepase el pacto populista en su supresión superadora.



Referencias

1. Esta idea sostiene que el mercado es consustancial a la libertad del individuo y la acción del Estado perturba su buen funcionamiento. Que el individuo usa los recursos mejor que el gobierno y el Estado debe interferir lo mínimo y sólo para garantizar condiciones de competencia. Así el desarrollo económico y social llegaría inevitablemente con la economía de mercado (Matus, 2007).
2. El aumento de autonomía relativa no fue total, ya que, como señala Castellani (2010) se observan continuidades en la relación Estado-empresarios a partir de la conformación de nuevos ámbitos privilegiados de acumulación ligados a los planes de obra pública, las promociones industriales, los subsidios, entre otros.

Bibliografía

- B. ARDITI (1995), “Rastreado lo político”, en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, N° 87.
- E. BASUALDO (2010), *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo XX a la actualidad*, Buenos Aires, Siglo XXI-FLACSO.
- M. BERGEL Y B. FORNILLO (2006), “Los siete puntos para un balance de la rebelión popular argentina del 2001”, en *El Rodaballo*, Buenos Aires, N° 16.
- S. BERSTEIN (1998), “La cultura política” en J. P. RIOUX Y J. F. SIRINELLI (ed.), *Para una historia cultural*, México, Taurus.
- D. CAMPIONE (2007), *Para leer a Gramsci*, Buenos Aires, Ediciones del CCC.
- A. CASTELLANI (2010), “Estado y grandes empresarios en la Argentina de la post-convertibilidad”, en *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*, La Plata, FAHCE-UNLP, N°5/6.
- J. W. COOKE (2010) [1971], *Peronismo y revolución. El peronismo y el golpe de estado informe a las bases*, Buenos Aires, Biblioteca Popular.
- J. P. CREMONTE (2007), “El estilo de actuación política de Néstor Kirchner”, en E. RINESI, G. NARDACCHIONE Y G. VOMMARO (eds.), *Los lentes de Victor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Prometeo-Universidad de General Sarmiento.
- J. GODIO (2006), *El tiempo de Kirchner. El devenir de una revolución “desde arriba”*, Buenos Aires, Ediciones Letra Grifa.
- A. GRAMSCI (2003), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- A. GRAMSCI (2004), *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- A. GRAMSCI (2008), *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- D. JAMES (2006), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- N. KOHAN (2006), “La gobernabilidad del capitalismo periférico y los desafíos de la izquierda revolucionaria. Crisis orgánica y revolución pasiva: el enemigo toma la iniciativa”. Disponible en:

<<http://www.rebellion.org/noticias/2006/10/40194.pdf>>. Consultado: 10/2006.

E. LACLAU (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.

C. MATUS (2007), *Los tres cinturones del gobierno*, Buenos Aires, Ediciones Universidad de la Matanza, CiGob, Fundación Altadir.

C. MOREIRA y S. BARBOSA (2010), “El kirchnerismo en Argentina: origen, apogeo y crisis, su construcción de poder y su forma de gobernar”, en *Sociedade e cultura*, Brasil, Universidade Federal de Goiás, Vol. 13, N°2.

M. A. MUÑOZ y M. RETAMOZO (2008), “Hegemonía y Discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de ‘pueblo’ en la retórica de Néstor Kirchner”, en *Revista Perfiles Latinoamericanos*, México, N° 31.

M. NOVARO (1997), “El liberalismo política y la cultura política popular”, en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, N° 149.

G. O'DONNELL (1978), “Apuntes para una teoría del Estado”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Vol. 40, N° 4.

N. POULANTZAS (1981), *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI Editores.

B. RAJLAND (2008), *El pacto populista en la Argentina (1945-1955). Proyección teórico-política hacia la actualidad*, Buenos Aires, Ediciones del CCC.

M. RETAMOZO (2011), “Movimientos sociales, política y hegemonía en Argentina”, en *Polis*, Revista de la Universidad Bolivariana, Venezuela, Vol. 10, N° 28.

E. RINESI y G. VOMMARO (2007), “Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos”, en E. RINESI, G. NARDACCHIONE Y G. VOMMARO (eds.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Prometeo-Universidad de General Sarmiento.

S. SIGAL y E. VERÓN (2004), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba.

J. F. SIRINELLI (1993), “El retorno de lo político”, en *Historia Contemporánea*, Bilbao, Universidad del País Vasco, N°9.

G. A. VARESI (2011), “Argentina 2002-2011: Neo-desarrollismo y radicalización progresista”, en *Realidad Económica*, Buenos Aires, IADE, N° 264.

Recibido: 17/03/2014. Aceptado: 02/06/2014.

Gastón Varesi, “La construcción de la hegemonía kirchnerista en Argentina (2003-2007)”. Revista *Temas y Debates*. ISSN 1666-0714, año 18, número 28, julio-diciembre 2014, pp. 57-80.